

La amenaza de otra guerra le secuestra la voluntad, fija la mirada en algún punto del jardín, de aquella mañana suave y plácida de invierno, en la que ocupa su tiempo leyendo al sol acompañado de un viejo transistor. A sus 96 años ya muy pocas cosas consiguen arrebatarse el sueño. La posibilidad de una nueva contienda mundial le llena la mirada de miedo. Cierra el libro de poesía y lo deja caer sobre las huesudas rodillas, allí donde la artrosis le muerde con saña. Se levanta con esfuerzo, ayudándose de un bastón de madera y camina en círculos, con la cabeza baja. Enciende un cigarro. Sabe que no debe fumar, para su edad y la enfermedad con la que convive no es lo más aconsejable por los médicos. Para mi abuelo Ramon la única preocupación es no tener tiempo suficiente para leerse el libro que ahora descansa sobre la silla del patio, "Soledades", de su autor preferido, obra que se habrá leído más de una decena de veces. Me busca con la mirada y sonrío complacido al descubrirme observándolo a través de la ventana de mi habitación. Desde que empecé la universidad me paso los días en su casa. La paz de aquellos viejos muros de adobe y piedra son ideales para pasar gran parte del día estudiando y a la vez le hago compañía. Aunque asegure que aún puede valerse por sí mismo, la familia se queda mas tranquila si no está solo. Se acerca en silencio, caminando despacio, acumulando recuerdos, que va seleccionando con esmero. La memoria es lo único que no le falla.

—Abuelo, ¿necesitas algo? —pregunto al verlo asomarse a mi habitación.

—No sé —responde dubitativo. Su hija, mi madre, le tiene prohibido que me moleste mientras estudio—¿Has oído la radio? —me pregunta y noto como entrecorta la respiración, manteniendo el aire en su boca, antes de exhalar un exagerado bufido, preámbulo de una sucesión de insultos, como suele hacer cuando algún tema le toca el alma.

—Si, la he oído. Pero yo no lo tendría en cuenta— respondo intentando restarle importancia al asunto, conociendo su pasado.

— ¿Qué te parece? —me lanza con la intención de contagiarme de sus preocupaciones.

—Pues muy mal, aunque poco podremos hacer. Además, no te preocupes, Ucrania está muy lejos.

— Que sabrás tu. Si algo tienen las guerras es que son inesperadas e incontrolables, y recuerda esto que te digo: “siempre consiguen sacar lo peor de las personas”.

— Si, algo he leído sobre la maldad de las personas en conflictos bélicos.

— ¿En ese libro? —dice apuntando a uno de historia.

— Para eso estudiamos la historia, para no volver a cometer los mismos errores. —digo con satisfacción.

—Y pone ahí como evitar una guerra.

—Me temo que no. Si fuese así no llevaría la radio toda la mañana avisando de que la invasión rusa es inminente. —se da la vuelta y se aleja abatido. En su cabeza miles de escenas se desarrollan a una velocidad que no es capaz de controlar y se siente confundido.

—Abuelo no te preocupes tanto. Seguramente al final no habrá guerra —le digo tras perseguirlo por el pasillo. Se sienta en un taburete de la cocina y deja caer el bastón al suelo. Lo recojo sin ningún reproche, el médico ya nos advirtió del deterioro de sus habilidades. Pongo la cafetera en el fuego y me siento a escucharle mientras sube el café.

—La primera vez no la vimos venir —murmura. —Yo tenía 8 años cuando empezó la guerra civil. Ya no consigo recordar la cara de mi padre. Pero no puedo olvidar la noche que vinieron a buscarlo para llevárselo. Nunca regreso —sentencia y su voz me suena como una condena que le impusieron de niño de la que aún no ha conseguido verse libre—  
Días más tarde volvieron para consumar su venganza contra nosotros, sacaron todos los muebles a la calle y les prendieron fuego delante de la impasividad de los vecinos. Tampoco he olvidado la desesperación de mi pobre madre gritando auxilio, los muy canallas la raparon y echaron los cabellos al fuego. —los pequeños ojos se le llenan de lágrimas con el relato y caen por las arrugas de su cara, no se molesta en limpiarlas y continua —Abandonamos el pueblo en la oscuridad de la noche, con lo puesto. Nos unimos a un grupo de refugiados y nos llevaron hasta Barcelona, allí estuvimos dos largos años malviviendo de la caridad, hasta que una noche de enero, ante la inevitable caída de la ciudad a manos de las tropas franquistas cruzamos la frontera hacia Francia junto a cientos de familias que huían como nosotros, solo con lo puesto.

Hizo una pausa, le dio un largo buche al café que le puse delante y me miro con sus penetrantes ojos negros.

—Huimos a Francia con la esperanza de dejar atrás una guerra y nos encontramos con otra más grande, más cruel y con más maldad. —concluyo mirando fijamente la negrura del café.

— Supongo que, en toda esa desgracia, también encontrarías buenas personas.

—Si. Pocas, pero de muy buen corazón.

—Ves, no es cuestión de la guerra. Son los seres humanos que aprovechan la ocasión para sacar a relucir toda la maldad que guardan en el interior y que de otra manera nunca se atreverían a mostrar. —sentí que no escuchó mis palabras, su mente ya lo llevaba a otro recuerdo.

— La noche que cruzamos la aduana hacia Francia, la lluvia caía sobre nosotros con ira, como queriendo castigarnos por abandonar la patria. Atrás quedaba una hilera de coches abandonados, cargados de maletas y de recuerdos. Mi madre llevaba a la pequeña en brazos, yo tendría unos diez años y tenía frío, mucho frío. A nuestro lado iba una familia con bastantes miembros. Recuerdo a una señora mayor del brazo de dos hombres bien vestidos. Uno de ellos estaba enfermo y la señora se preocupaba más de él que de ella misma. En la interminable fila mantuvo una ligera conversación con mi progenitora. No sé de qué hablaron, pero mi madre me dijo que pasara lo que pasara me pegara a ellos y que actuara como si fuéramos partes de esa familia. Gracias a ese gesto pasamos la aduana. Luego nos cobijaron en un vagón en una vía muerta y allí pasamos la noche. Las noches de invierno en Francia son especialmente frías y si tienes el estómago vacío se vuelven aún más gélidas.

— ¿Cómo fue la primera noche fuera de España? —dije producto de la curiosidad.

—Aquella noche fue muy larga y fría. A la mañana siguiente las nubes nos dieron un respiro y el cielo se mostró de un azul intenso. El hombre que parecía enfermo abrió la puerta del vagón y dejó entrar los débiles rayos de un sol brillante que penetraron en aquella estancia de metal. Hizo una acertada comparación de aquella fría mañana con las que recordaba de su niñez. Se notaba que estaba estudiado.

Me preguntó si sabía dónde estaba Sevilla. Yo no dije nada, apunté con mi dedo hacia España y ese gesto lo hizo sonreír.

Le pregunto a mi madre si la niña había comido algo y esta negó con la cabeza. Se volvió, habló con el otro hombre y momentos después regresó con una hogaza de pan, la partió y nos entregó un trozo a cada uno. Jamás he comido un manjar más delicioso en mi vida. Mientras lo devoraba me habló de Sevilla, de su cielo azul y de lo feliz que fue de niño, me habló de Madrid con sus hermosos monumentos y de Soria con sus mañanas frías como la de aquel día. Me habló de España y me pidió que no la odiara, que algún día regresaríamos al pueblo que nos vio nacer y perdonaríamos todo lo que nos habían hecho, por muy duro que fuera. Recuerdo que antes de partir, anotó algo en un papel y lo guardó en su chaqueta. Me pregunto si me gustaba la poesía. Negue con la cabeza y aun me duele el desagrado que le provocó mi respuesta. Me aconsejó que leyera, que en la lectura encontraría todo aquello con lo que soñaba. Entonces era un niño y no sabía quién era aquel hombre y que tras su sonrisa débil y confiada se escondía un trágico final.

—Abuelo ¿nunca has tenido curiosidad por saber qué ponía en aquel papel?

A mi abuelo se le cambio la cara. La mirada se le cargo de ternura y me habló de España, de la que abandono de niño y de la que encontró a su regreso. Del odio de un niño asustado y del perdón de un hombre maduro. De lo que las distintas guerras le arrebataron y con tono débil y confiado, asumiendo su destino ante el último viaje me dijo como un susurro, como si estuviéramos en un vagón abandonado en una vía muerta de Francia: “Estos días azules y este sol de mi infancia”.

Y yo sentí tras sus palabras una inmensa tristeza que me devoraba el alma, en la soledad de su abandono “en la nave que nunca ha de tornar, lo encontré a bordo ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar”.